

ella, la carga, la pone en huida, y llega despues á casa de su hermano. El hermano de Benvenuto murió como soldado, hasta el último momento tuvo valor.

Desde entonces Benvenuto se volvió melancólico y sombrío. No pensó mas sino en el mosquetero que habia muerto á su hermano, y de quien él le habia dado las señas; así es que le siguió por todas partes para vengarse de él. Una noche, saliendo de la plaza aquel hombre se apoyaba con la mano en el puño de la espada sobre el umbral de la

que el arma hirió el hueso desde el cuello á la nuca: tan profundamente entró, que á pesar de todos los esfuerzos que hizo Benvenuto para retirarle no lo pudo lograr.

Por grande admiracion que inspire el artista no puede verse sin horror este bárbaro asesinato de Benvenuto: no merece otra calificación. El soldado estaba en su derecho, y cualesquiera que fuesen los desórdenes de una época de furor y de anarquía, jamás puede escusarse una ausencia tal de las nociones de lo justo y de lo injusto. El papa tuvo



Benvenuto Cellini á los pies de Francisco I.

puerta. Se aproximó diestramente á él Benvenuto, con un puñal largo como un cuchillo de caza, y le dió un golpe tal, que pensó seguramente en cortarle la cabeza. Volvióse éste prontamente, y el golpe vino á dar sobre el extremo de la espalda izquierda, quebrándole el hueso. Se levantó, dejó caer la espada aturdido por el dolor, y echó á correr: le alcanzó á los cuatro pasos, levantó el puñal sobre su cabeza, lo volvió á dejar caer muy bajo, de modo

la debilidad de no imponer castigo; se limitó á decir: Bueno, Benvenuto; pues que te has curado trata de vivir.

Benvenuto no fué mas prudente, y encontró medio de irritar hasta al mismo papa. Abandonó á Roma, y se fué al lado del duque Alejandro, que lo recibió bien. Pero Benvenuto no era hombre que permaneciese mucho tiempo en una parte. Volvió á Roma con un salvo-conduto, y á la mañana siguiente de su llegada, antes del amanecer, el



gefe de la policía, seguido de treinta hombres, llamaba á su puerta. Benvenuto salió á abrir cubierto con su cota de malla, le presentó con una mano su salvo-conducto y con la otra la espada. La policía tocó retirada.

Ibase formando una tormenta sobre la cabeza de Benvenuto. El número de sus lances crecía de día en día, y su insolencia con los hombres mas poderosos le hacia irreconciliables enemigos. Despues de muchos viages á Florencia, á Francia y á otros puntos, volvió al fin á Roma, donde fué arrestado. Acusábanle de haber robado el oro y los diamantes del papa, cuando este se habia retirado al fuerte de Sant-Angelo, y los habia confiado á Benvenuto con un gran número de alhajas preciosas, para que las desmontase y fundiese los metales. Este no era mas que un pretexto: Paulo III queria castigar á un hombre bastante audaz para no soportar el menor daño con respecto á él sin insolentes recriminaciones.

En los primeros tiempos de su cautividad en el castillo de Sant-Angelo, Cellini fué tratado muy suavemente; le permitian pasear por el interior. El gobernador Jorge, caballero de Ugolini, era un personaje muy tratable, pero cuyo carácter lo echaba á perder una singular enfermedad que le acometía una vez cada año, y le duraba algun tiempo. Durante esta época se creia convertido en un animal cualquiera, é imitaba los gritos de tal.

Las buenas relaciones entre el gobernador y el preso, fueron de corta duracion. Un monge de la familia Palavicini, compañero de prision de Benvenuto, le robó la cera con que modelaba sus estatuas, y con ella sacó el sello de las guardas de las llaves de las puertas, para hacer llaves falsas y tratar de escaparse. El cerrajero le denunció, y Benvenuto pasó por culpable. Logró, sin embargo, disculparse; pero el rigor que desplegaron al principio de este negocio, le hizo formar la resolución de escaparse. Jamás fuga alguna fué acompañada de circunstancias mas dramáticas. Por medio de las telas de las camas y de las sábanas hechas tiras, logró tejer una cuerda. El gobernador Jorge, que acababa de entrar en su enfermedad anual, habia vuelto á tomar cariño á Benvenuto, y no se separaba de su lado; un hambre de conversacion que no podia ver satisfecha jamás, le llevaba desde el principio de su enfermedad á buscar la sociedad de Benvenuto, y á no dejarle un momento libre en su cuarto. Anteriormente se habia creido muerto, despues rana, despues un cántaro de aceite, y este año se creia cambiado en murciélago, y hacia para volar inauditos esfuerzos, agitando los brazos como si fuesen alas, y dando agudos chillidos. Preguntaba á Benvenuto para saber si no tenia él tambien gana de volar, y que cómo lo haria. Benvenuto respondió que fabricaria un par de alas imitando las de los murciélagos. A esta palabra de murciélago, el gobernador entró en un indecible éxtasis.

—¿Y tendrías valor de volar?

—Sin duda.

—Y yo tambien, pero como el papa me ha mandado que te guarde con mucho cuidado, y tú eres un astuto diablo y te escaparías, voy á hacerte encerrar bajo cien llaves por miedo de que no te largues.

Bajo las órdenes de este monómano se vió Benvenuto mas estrechamente encerrado y guardado en su prision. Con la ayuda de las cuerdas que habia fabricado, y de un largo puñal, con un par de tenazas, trabajó en quitar uno

de los hierros de la ventana de su cuarto, y despues que ya lo hubo logrado y tomado la resolución de marcharse dos horas antes de amanecer, se confió á la ayuda de Dios. Logró tocar por medio de la cuerda en el suelo, pero fué á dar en un patio rodeado de altas paredes. Una viga con que tropezó, y que puso derecha contra la pared, le permitió escalarla. Ató en seguida á la estremidad de la viga una punta de sus cuerdas, y se deslizó por el otro lado de la pared. Chorreaban sus manos sangre, y así se vió obligado á descansar y á lavarlas con su propio orin. Le quedaba aun que pasar otro recinto, y ya ataba su última punta de las cuerdas á una tronera cuando le vió un centinela. Cogió su puñal, y marchó tan resueltamente al encuentro del soldado, que este echó á huir. Otro centinela aparentó no verlo. Volvió á su tronera, pero al bajar esta segunda vez, gastadas sus manos con los esfuerzos que habia hecho en el interior, le causaron tan violentos dolores, que soltó la cuerda y cayó, pero al dolor de la caída se quedó desmayado.

Así permaneció hora y media. Cuando el fresco de la mañana le despertó vió que se habia roto una pierna. Compúsose el hueso lo mejor que pudo, se lo vendó, y se adelantó caminando á cuatro pies hacia las puertas de Roma. Separando una gruesa piedra logró pasar por una puerta, y apenas habia entrado en la ciudad cuando una banda de enormes perros se arrojaron sobre él con furor. Dió á uno una puñalada; el resto siguió acometiendo al herido, pero entretanto éste, arrastrándose siempre en cuatro pies, logró entrar en la iglesia Traspontina, y en seguida tomó el camino de San Pedro. Un aguador le subió la escalinata. Desde allí se arrastró á casa de la duquesa Octavia, viuda del duque Alejandro, asesinado por Lorenzazio. Fué reconocido por un criado del cardenal Cornaro, que mandó lo llevasen á su casa.

Allí pudo recibir los cuidados y auxilios que reclamaba su estado. El cardenal fué á pedir el perdon del fugitivo, y unido con otras personas lo logró del papa. La nobleza de Roma vino á visitar á Benvenuto: una sola persona se quejó de esta aventura, el gobernador del castillo de Sant-Angelo. El buen Jorge declaraba que Benvenuto habia volado, aunque habia dado palabra de no hacerlo, y pidió que lo volvieran otra vez á colocar bajo su custodia. El papa, riendo, se lo prometió. Demasiado bien cumplió su palabra. Aun no hacia mucho tiempo que Benvenuto se hallaba en libertad y en casa del cardenal Cornaro, cuando el papa le envió á prender y le hizo poner en un cuarto bajo, de su jardin secreto. El cardenal le hizo prevenir que estuviese con cuidado. No comia nada de lo que le servian. Aunque estaba visitado por muchos grandes señores no estaba tranquilo. La noche del día del Corpus, despues de haber cenado con sus amigos, acababa de dormirse cuando su perro daba furiosos aullidos. El gefe de la policía entró seguido de sus esbirros, se apoderó de Benvenuto y lo trasladó á la torre de Nona, á un calabozo donde le pusieron guardas de vista. Encomendóse Benvenuto á Dios, persuadido de que los ángeles del cielo lo librarian del mal paso en que se hallaba, y se durmió tranquilo. Despertáronle para leerle la sentencia, pero Benedetto que estaba encargado de este oficio, hecho un mar de lágrimas corrió á casa de la esposa de Pio Luighi, la señora Cesolina. Esta fué con la duquesa Octavia á ver al papa, y obtu-



vo el perdón de la vida de Benvenuto, á quien trasladaron entonces á aquel castillo de Sant-Angelo de que con tanto valor se había escapado. Pusieronle en un calabozo muy oscuro, lleno de agua, de tarántulas é insectos asquerosos, donde no se podía mover á causa de su pierna rota. No entraba allí la luz mas que hora y media al día.

Llenó de desesperación trató de suicidarse dejando caer un madero sobre su cabeza: no hizo mas que aturdirse con el golpe. El gobernador al verlo enfermo, se arrepintió de sus rigores, y le trató con mas dulzura.

En este tiempo el cardenal de Ferrara que había venido á Roma se aprovechó de la ocasión de cenar con el papa, para decirle que Francisco I deseaba mucho tener á Benvenuto. El papa contestó al cardenal con una gran carcajada: Quiero que al instante mismo lo lleveis á vuestra casa.

Efectivamente, Benvenuto salió del castillo de Sant-Angelo, fué entregado al cardenal de Ferrara, y con este se fué á Francia. Como el genio no se abandona fácilmente, en el camino tuvo una disputa con un maestro de postas, al que mató de un arcabuzazo. Pasó algun tiempo con el cardenal de Ferrara, cuyo retrato hizo, y llegó por fin á Fontaineblau.

Francisco I lo recibió bien, pero Cellini, descontento de la cantidad que el cardenal de Ferrara había fijado por parte del rey, abandonó la corte y marchó á Tierra Santa. Un mensajero del rey lo alcanzó y volvió á traerle, ofreciéndole quinientos escudos mas de lo que el rey le daba, quedando estos en setecientos, como tenía Leonardo de Vinci.

Benvenuto Cellini pasó en Francia la época mas feliz de su vida. De él solo hubiera dependido concluir allí sus dias con una fortuna considerable, lleno de honras y distinciones, si su intratable carácter le hubiese permitido vivir en paz en alguna parte. Ningun soberano ha igualado la beneficencia de Francisco I con los artistas. Concedió á Benvenuto muchas pensiones, así como á sus discípulos, mandándole hacer muchas obras. Le regaló la torre de Nesle, donde hoy está la casa de la moneda, y que se llamaba entonces el pequeño Nesle. Este castillo había sido dejado al preboste de París, y el preboste no le ocupaba. El rey envió uno de sus tenientes para ocuparle, pero le fué preciso emplear la fuerza armada para apoderarse de él. Esto pasaba en 1540, y manifiesta hasta que punto era entonces respetada la autoridad por altamente colocada que estuviese. En este castillo Benvenuto y sus gentes tuvieron que armarse como en un estado de sitio para no ser muertos. Los amigos del preboste de París le llenaban de insultos. Al pronto se quejó al rey, pero éste le dijo: Si sois ese Benvenuto de quien he oído hablar, obrad á vuestro modo; yo os doy libertad para ello. En efecto, Benvenuto rechazó con la fuerza á cuantos fueron á molestarle en su nuevo alojamiento. Dueño ya de él instaló un gran número de obreros, y estableció uno de aquellos talleres de que salieron tantas y tan preciosas obras maestras. Muchas dependencias del castillo de Nesle estaban habitadas por inquilinos, entre otros por un impresor y un fabricante de pólvora. Benvenuto los despidió; pero el último, habiendo puesto obstáculos para marcharse, Benvenuto seguido de sus franceses, de sus italianos y de sus alemanes, entró en la habitación de aquel hombre con espada en mano, rompió en un instante todos sus muebles, y los echó por la

ventana. Casi hizo lo mismo con el otro inquilino, y así aumentaba cada día el número de sus enemigos. El enemigo mas poderoso que se atrajo fué Mad. de Etampes. En muchas ocasiones muy importantes encontró Cellini el medio de herir el amor propio de esta señora. Mad. de Etampes ejercía entonces un ascendiente considerable sobre el ánimo del rey: no le abandonaba, era su sombra: así logró hacer que el rey reconviniere algunas veces á Benvenuto. Hizo observar al rey que Benvenuto en lugar de trabajar lo que le mandaba no hacía mas que lo que se le ponía en la cabeza. Francisco I fué al taller de Benvenuto, le reprendió su indocilidad en términos que esplican muy exactamente las relaciones del arte con el poder en aquella época de nuestra historia.

—Es una cosa muy admirable, Benvenuto, que vosotros los artistas no quereis reconocer que no podeis ejercer vuestros talentos enteramente solos. Deberíais saber que no teneis fama y celebridad sino por la ocasión que os ofrecemos nosotros de que la tengais, y por consiguiente debeis ser mas obedientes, mas sumisos, y no obrar segun se os ponga en la cabeza. Me acuerdo haberos espresamente mandado hacer doce estatuas de plata de que tenia muchísimos deseos, y me habeis querido hacer un salero, vasos, bustos, fuentes y multitud de cosas. Verdaderamente que estoy asombrado de ver como descuidais cosas que tanto deseo, y que no os ocupais sino en lo que teneis capricho. Si quereis conducirlos así ya vereis como yo obro cuando quiero que se cumplan mis intenciones. Os advierto por consecuencia que me obedezcáis, porque si os obstináis en trabajar á vuestro capricho será lo mismo que si diérais cabezadas contra la pared.

No se necesitaba mas para escitar el furor del irascible Benvenuto. Puso, sin embargo, una rodilla en tierra y besó los vestidos del rey. Pero á los pocos dias de esto por mas instancias que le hicieron se marchó casi secretamente, dejando á un discípulo querido suyo llamado Ascanio todo cuanto poseía.

Hizo el viage de París á Florencia con una tristeza profunda, y agitado de irresoluciones fáciles de concebir. Llegó en el mes de agosto de 1543. Cosme I, que era entonces el duque reinante de Florencia, acogió á Benvenuto, y le pidió trabajase para él. Benvenuto aceptó por un sentimiento de orgullo: quería demostrar á la escuela florentina sus talentos de escultor, y pidió que le fuese permitido hacer una estatua grande para la plaza que se llama hoy Piazza del Gran Duca.

Esta estatua representa á Perseo pisando el cuerpo de Medusa: con una mano tiene su espada; con la otra la cabeza que acaba de cortar. El zócalo de la estatua está cargado de figuras y adornos que dan al conjunto de esta grande obra un cierto amaneramiento.

La verdad es, que Benvenuto, platero sin igual, jamás fué un escultor de primer orden. Las cualidades que exige la platería dañan á la escultura que exige mucha mas sencillez, y por consecuencia otro modo de comprender los objetos. Ennoblecido por Francisco I, Benvenuto fué muy amante de la nobleza, y se le eligió miembro de la nobleza florentina el día 12 de diciembre de 1534.

Los últimos años de la vida de Benvenuto no fueron mas felices que los primeros. Ningun hombre ha tenido mas arte ni habilidad para crearse embarazos y disgustos.



La parsimonia con que el duque Cosmè retribuyó sus trabajos, no hizo mas que aumentar su irascibilidad natural. La gran consideracion de que gozaba no bastaba para apaciguar su insaciable personalidad. Murió sin amigo alguno a los setenta y un años de edad, el 13 de febrero de 1571.

nemente la serie de los siglos, es preciso que todo su valor lo tenga en sí mismo. Los metales preciosos son una tentacion para el poder. El mármol no puede servir ni para pagar á soldados, ni para adornar á una muger, ni para pagar siquiera al tahonero. Bajo esta fría materia lo ideal



Estalua de Perseo, y otras obras de Benvenuto Cellini.

Segun su voluntad fué enterrado en la iglesia de la Anunciacion. Se le hicieron magnificos funerales.

Hoy no queda de él mas que un pequeño número de obras. Para que una obra artística pueda atravesar impu-

brilla puro, y al abrigo de la rapacidad, de la grosera necesidad del oro. Entretanto no hay que temer mas que los furores del iconoclasta.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.



## ESTUDIOS DE VIAGES.

## RECUERDOS DE NORMANDIA.

UN MES EN EL HAVRE.

(Conclusion).

La magnificencia de este espectáculo al sol poniente, desafía todos los pinceles: el ojo penetra las bellezas de él, empero la pluma no puede trasladar su delicadeza y encanto!... La mar, listada con franjas de oro, donde se agitan ondas de fuego: una luz mas dulce cubre el valle y sonríe sobre los rojos ladrillos y las grises pizarras de los techos de lindas quintas; nubes de color de púrpura se inflaman, el cielo matizado de tonos verdes anaranjados, la sombra de los cerros se estiende al llano y baja hacia los rios cuyas aguas tranquilas tienen el brillo metálico del acero fundido. La cima de los corpulentos álamos y de las colinas brillan con débil luz mientras que la claridad se borra en las praderas donde la sombra errante de los ganados desaparece en la naciente oscuridad de la noche.

Las carretas rechinan en los caminos, los hombres del campo siguen con tardo y pesado paso las sendas que conducen á las aldeas. Los pescadores de langostines con sus redes al hombro, desnudos de pie y pierna, ahondan la playa donde sube la marea, y trepan ligeros por los cerros.cae el calor del día y se levanta la brisa de la noche. Una serenidad profunda se estiende sobre el campo, que parece saludar con una sonrisa la tardía hora del descanso. Desde una de esas desiertas cumbres el valle se presenta á los ojos asombrados cual una magnífica decoracion de teatro. Delante el mar, detrás el valle con sus aldeas y pintorescas casas de campo llenas de jardines!... no se cansa uno jamás de verlo y admirarlo. ¡Qué espectáculo para un pintor! ¡Qué soledad para un hombre meditabundo!

Una observacion hacia al retirarme á la quinta donde habia encontrado tan espléndida hospitalidad. Veia siempre muchas mugeres, muchos niños, pero pocos hombres y casi todos viejos. Los hermanos y los maridos navegaban en el mar Negro y en el mar Báltico á bordo de los navíos del Estado. Se hallaban delante de Cronstadt y de Sebastopol. Las mugeres y los niños llevaban pescados y madera y cuanto la mar deposita sobre la arena. La mar suministra la comida cotidiana á todos estos miserables. Cuando la mar no da nada no se come. El niño llora, la anciana mendiga.

No terminaria mi carta si hubiese de consignar en ella todas las impresiones que me han causado mis paseos por Honfleur, Trouville, Etretat, Harfleurs y Gravelle, deliciosos alrededores del Havre. Cada roca, cada una de aquellas gigantescas peñas que parecen una barra eterna puesta por la mano de Dios para contener las embravecidas olas del mar, tiene su tradicion, tiene su historia. No referiré

mas que la del agujero de Romain que se halla en Etretat y que es una verdadera novela.

Romain Bisson, hijo de un pescador de Etretat, se hallaba acostumbrado desde su niñez á recorrer las rocas para coger conchas y arrancar musgo cuando vino la conscripcion. Romain fué declarado apto para el servicio; pero rehusó ser soldado, prefiriendo al estado militar una vida sembrada de mas peligros que la de los campos de batalla. La vida salvaje que habia llevado desde su infancia, una fisonomía sombría y un carácter feroz le tenian, por decirlo así, alejado de sus compatriotas. Erale insoportable la idea de abandonar sus rocas. En lugar de reunirse á los soldados se ocultó en un agujero de la escarpada costa, donde por la noche sus parientes desde lo alto de la Peña le enviaban por medio de una cuerda pan, carne, sidra y agua.

Pasaba esto en 1813. Quedaron así las cosas durante un año; pero una noche unos marineros al volver de la pesca divisaron una llama que salia de la roca. Hablaron de ella, observaron la roca, y descubrieron bien pronto que era Romain el que encendia fuego en la gruta donde se habia escondido despues de la salida de los conscriptos.

Intimáronle muchas veces con una bocina á Romain que bajase: respondió que no queria ser soldado. Dijéronle que sino queria bajar lo cogieran y lo fusilarian, replicó que mejor queria morir que ser soldado. Intentaron escalar la Peña, pero no habia medio de llegar con escaleras á una altura de doscientos pies. Intentaron algunos soldados bajar con cuerdas desde lo alto de la roca, empero Romain rompía las cuerdas y los esponia á estrellarse. Se hicieron con una hacha algunos escalones en la roca para poderla trepar; pero Romain hacia caer sobre los trabajadores una lluvia de piedras que les hacia abandonar la empresa. Dióse cuenta al subprefecto, quien mandó, para evitar que tuviese imitadores este fatal ejemplo, que se apoderasen de Romain á toda costa muerto ó vivo. Hiciéronse nuevas intimaciones á Romain y le dispararon algunos tiros. Romain á cada descarga se metia en su caverna, y despues contestaba con piedras y pedazos de roca. Sostuvo el sitio durante cuatro dias, al cabo de los cuales faltándole agua, con el paladar y la garganta seca, devorado por una ardiente fiebre, quiso aprovecharse de las pocas fuerzas que le quedaban para escaparse.

Habia luna llena; la mar llegaria á su mayor altura á las diez de la noche: pasó todo el día en amontonar piedras; es preciso comprender bien esta costa escarpada que en este sitio tiene nada menos que doscientos pies de elevacion. Una roca de cien pies de altura, apoyada sobre la Peña escarpada, se adelanta, prolongándose de diez á quince pies sobre el mar. Cuando Romain arrojaba piedras los soldados se refugiaban detrás de esta roca. Cuando el mar comenzó á subir no les permitió permanecer mas tiempo debajo de su caverna: los que se esponian á ello recibían enormes piedras. Bien pronto las olas llegaron



hasta la roca. Romain entonces apuró el resto de su artillería: tiraronle algunos tiros, pero con la oscuridad los soldados dispararon á la ventura y se refugiaron detrás de la roca. La mar en aquel momento habia llegado á su mas grande altura, azotaban las olas la roca, y hacian imposible pasar junto á ella. Bajó entonces Romain ayudándose con los pies y con las manos, aprovechándose de la menor punta, caminando por donde los pájaros solo habian podido caminar antes que él. Divisáronle los soldados, pero como la mar llegaba hasta la roca, no les dejaba medio alguno de aguardarle debajo de la caverna. Nueva descarga de fusilería.... ¡tempero Romain habia desaparecido!

A la mañana siguiente se recogió sobre los guijarros del mar su blusa y sus zapatos. Hicieronse varias pesquisas para hallarle; nada se pudo descubrir.

Romain volvió á aparecer en 1814. La amnistía concedida á los desertores hizo cesar toda persecucion contra él.

Diez años despues terminaba sus dias precipitándose desde lo alto de esta misma costa escarpada que por tan largo tiempo le habia protegido. ¿Fué el amor ó una exageracion de ideas religiosas las que le llevaron al suicidio?... Este es un secreto que Romain ha llevado consigo al sepulcro.

Sin embargo, un marinero anciano me contó la última jornada del desertor como se la ha contado á otros muchos.

Romain Bisson volvió á Etretat á las nueve de una noche fria y nebulosa del otoño del año 1824. No habia en toda la aldea abierta mas que una sola puerta sobre la que se leía: BUENA SIDRA Y VINO. Romain Bisson entró, se sentó, é invitó al tabernero que se hallaba solo á que bebiese con él un jarro de sidra.

El huésped, sorprendido de la visita de un extranjero á aquella deshora, entabló el primero la conversacion.

—¿No sois de este pais?

—No, pero he pasado por aquí hace mucho tiempo cuando estaba Napoleon. En la época en que un tal Romain Bisson hacia hablar mucho de él. ¿No teneis alguna idea de esto?

A pesar de la afectada indiferencia del desconocido, temblaba al pronunciar estas palabras.

—Pardiez, dijo el tabernero, ¿quién es el que no sabe esta historia? Se le ha buscado hace largo tiempo, pero parece que se ha embarcado bajo un nombre falso en un corsario del Havre, y que ha muerto prisionero en Inglaterra. Hace mas de seis meses que enterraron á su madre; la pobre muger era muy vieja.

Guardó silencio el extranjero; empero sin quitar los codos sobre que se hallaba apoyado en la mesa hizo crugir sus manos, las juntó con violencia, dando un profundo suspiro.

—Toma, dijo el tabernero; parece que eso os incomoda. ¿Conociáis á esa familia?

—Un poco, respondió tartamudeando el desconocido. ¿No debia casarse Romain con una muchacha llamada Magdalena Lebreson?...

—¡Magdalena!... es mi muger.

—¡Bah!

Revelaba esta exclamacion un amargo desengaño, un vivísimo dolor, un profundo asombro.

—Nada hay en eso de particular, dijo el tabernero sin conmoverse, no podia ella estar soltera toda la vida porque su novio hubiese querido tomar las de villadiego.

El extranjero apretaba la frente entre sus manos y no respondia.

—¡Bernabé! gritó en aquel instante una voz, ¿no cierras hoy? Es tarde y nos van á sacar la multa.

—Aguarda un instante, Magdalena: estoy hablando con este señor; acuesta á los niños y al instante voy.

Llevada de la curiosidad femenina bajó Magdalena á la tienda. Al oirla venir el extranjero, levantóse de la mesa, arrojó sobre ella una moneda y cogió el picaporte de la puerta en el momento que se presentó Magdalena.

No pudo menos de volver la cabeza para mirar á la que tanto habia amado. Reconocióla ésta al momento.

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó, es Romain.

—Adios, Magdalena, adios: hé ahí la sortija que me habéis dado hace ocho años. ¡Nunca mas volverás á verme!

Arrojó á sus pies la sortija y salió corriendo hácia la costa del mar. Corrió tras de él el tabernero, y cuando llegó á las rocas oyó un lastimero grito que se mezclaba con el mugido de las olas del mar....

A la izquierda de la roca del agujero de Romain se encuentran reunidas las mas grandes maravillas que puede ofrecer la naturaleza. La puerta de Aval y la aguja de Etretat. ¿Qué obelisco, qué pirámide podrá sobrepujar jamás esta magestuosa aguja que parece haber salido de la mar á la voz de una divinidad? ¿Qué arco de triunfo podrá igualar jamás ese gran portal del Océano que rodea las escarpadas costas, esa ogiva colosal cuyo modelo solo conoce el Criador? La vista de este sublime arco en el mar, ha dicho Mr. Guilmet, confunde el espíritu mas elevado, exalta la imaginacion mas fria. Diríase que Dios ha querido dar al hombre en las escarpadas costas de Etretat un modelo de lo que el hombre ha podido producir de mas perfecto en arquitectura.

Esta aguja y este arco que vienen á visitar todos los viajeros, hay que verlos en un día de tempestad, cuando el Océano se levanta desde su lecho de arena y se lanza á los cielos: cuando furiosa la mar precipita sus olas entre sus grandes arcos y alrededor de las rocas gigantes estrellando en ellos sus torrentes de espuma. ¡Esas masas de rocas desde cuya cima parece un abismo el mar, y que al estar al pie de ella, al estar seca la playa en la baja marea, parecen amenazar sepultar con su caída al débil viagero que se arrastra á sus pies!

Cuántas veces he visitado en estos dias estas inmensas rocas, esas sublimes obras que la mano del Criador, con tan prodigiosa liberalidad ha sembrado sobre esta playa, y al ver las embravecidas olas estrellarse á mis pies, he escrito en mi album de viagero, cuyas hojas parecia arrancar el viento, que rebramaba en mi alrededor:

¿Por qué, oh mar, tu poder?  
Un muro de leve arena,  
Cual muro de bronce enfrena  
Aun cuando estás mas bravio?

¿Por qué tus olas levantas  
Desde el mas profundo abismo,



Las alzas al cielo mismo  
Y estrellas luego á mis plantas?

¿Que mucho que su braveza  
Tus ondas á mis pies bajen,  
Si de Dios soy viva imagen  
Rey de la naturaleza?

Y ese Dios que te crió  
Tan inmenso, tan profundo,  
Formó ademas el mundo  
Para que habitase yo.

¡Y creó é impuso nombre  
En la presencia de Adán,  
A cuantas cosas están  
Bajo el dominio del hombre!!!

Havre 4.º de octubre de 1853.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### LAS CARRERAS DE CABALLOS.

Más quisiera pasar la semana  
Mantenido con sopas comunes,  
Que no ver el domingo el encierro  
Y perder la corrida del lunes!...

(Cancion pop.)

¡A los toros! Esta es la verdadera diversion de los españoles: la funcion nacional por excelencia; pero desde principios de este siglo, y gracias á las continuas emigraciones en todos sentidos, sufrimos la tiranía de la moda en todo.

Ha desaparecido el antiguo grave vestir de los españoles, se han alterado las horas de comer, se ha variado hasta el género de los alimentos, y á la antigua sencillez con que se veían puestas, aun las casas de los hombres mas opulentos, ha reemplazado un lujo insostenible, que causa una grande perturbacion en las fortunas y el desarreglo de las costumbres. No contentos con estas innovaciones, se ha querido que nos divirtamos tambien á la extranjera, y por mas que hasta ahora se ha intentado esto, no ha podido conseguirse. Y aunque en un momento de falso entusiasmo introducido por la moda por las carreras de caballos, se han formado sociedades para establecerlas periódicamente en las épocas de primavera y de otoño, y han durado tres ó cuatro años, siguen flojamente como no son propias é inherentes al espíritu nacional, decaen rápidamente, siendo la prueba el escasísimo número de personas que concurren á esta diversion. Las carreras de caballos han abierto una nueva época á la ocupacion de los elegantes y á las industrias de las sociedades modernas. Son una institucion de reconocida utilidad para las naciones guerreras y agrícolas bien establecidas, porque por ellas un pais como España, podría libertarse del tributo que paga á los extranjeros por la introduccion de los caballos y yeguas, y porque ofrecería á las poblaciones ricas ocasion de un gracioso espectáculo.

A principios del siglo XVIII instituyó la Inglaterra sus carreras de caballos, lo cual tiene objetos utilitarios y definidos. En Francia las primeras carreras tuvieron lugar en tiempo de Napoleon I, que Luis XVIII favoreció mucho para fomentar la cría del ganado caballar, siendo tambien muy protegidas por Carlos X. En el reinado de Luis Felipe adquirió el mayor lustre la organizacion del Jokey-

Club, sociedad del fomento de la raza caballar, fundada el año 1833, la cual introdujo en Francia una nueva organizacion en las carreras, que se vió pasar y comunicarse á las provincias, en donde se formaron sociedades á imitacion suya. En tiempo de Napoleon, desde 1808 á 1809, no habia mas que tres de estas sociedades en Francia; en 1811 ocho; en tiempo de la Restauracion, en 1822, habia diez, y en 1834 el Jokey-Club era la única de Francia. Hoy hay cincuenta y tres. Como las carreras de caballos tienen principalmente por objeto la mejora de la raza caballar, su constitucion ofrece las variedades que concurren diversamente á la realizacion de esta obra. Así hay premios para los caballos de diferentes edades, y premios para la velocidad en las carreras, procurando siempre que estos premios sean para caballos nacidos dentro del mismo pais.

De Francia y de Inglaterra ha venido esta costumbre á España, costumbre que por mas que se ha hecho por las asociaciones formadas para mejorar la raza caballar, hasta ahora ha sido infructuosa, y está reducida únicamente á una diversion que, por no estar en la indole y en el carácter nacional, creemos no llegará á aclimatarse. Así es que despues de diez años, no hay mas club de carreras en España que el de Madrid, mientras que en el mismo tiempo hemos visto que se han multiplicado considerablemente las plazas de toros, y que en pueblos de corto vecindario han hecho sus vecinos sacrificios para establecerlas. Así es que para hablar de las carreras de caballos, no debemos examinar lo que sucede en España; preciso es para retratar este espectáculo irlo á copiar á su verdadero pais, á Inglaterra, porque las carreras de Francia no son mas que una copia pálida y desfigurada de las de aquel reino. Así es que las funciones de las carreras de caballos que se han dado en Madrid, es preciso colocarlas en la esfera de esos placeres frios, inanimados. Aquí no se ha sacado todo el partido que podia sacarse de las reuniones hipodrómicas, aprovechando las horas de descanso que ellas dejan á falta de interés mas positivo. No ha podido conmovernos la vista de esas hermosas asambleas de ginetes, de carruages, de jokeys de vivos colores y de caballos que van á la lucha para disputarse un premio. Seguramente la Casa de Campo y los llanos de Aranjuez, un dia de carreras de caballos, aparecen como un vasto salon, donde todo el mundo se veía, se encontraba y mezclaba sin confundirse; salon donde se reunía á aquellas horas del dia la concurrencia que en otras tiene lugar de



noche, al aire libre, no en la viciada atmósfera de un cerrado salón, con franqueza en el vestir; la sencillez elegante desafiaba al sol, en vez del lujo que se esconde detrás de la engañosa claridad de las bugías.

Ora el sol se mostrase risueño, como ordinariamente en España, ora la lluvia enturbiase el horizonte, en los días de las carreras se veía una larga fila de elegantes carruajes, y todos seguían la misma dirección, dirigiéndose á la Casa de Campo. También los ómnibus, los coches de alquiler y las calesas, que poco á poco van desapareciendo,

po de parapeto á su coquetería. Construido con tablas y cubierto de tapices, hay un palco para las personas reales, y á su lado, á derecha é izquierda, una vasta galería para las personas que no teniendo carruaje desde donde ver la función, pueden tomar asiento por una módica retribución. Generalmente esta galería se ha hallado desierta. Enfrente hay una tribuna en donde solo entran los individuos del club, que como los dueños de la fiesta, se han reservado el mejor punto de vista, y ostentan su calidad llevando las tarjetas de socios puestas en el sombrero, á gui-



Vista de la Casa de Campo en un día de carreras.

se encaminaban con las gentes del pueblo al mismo punto. Veíase asimismo multitud de ginetes, que con sus caballos iban á colocarse á lo largo de la valla, formada por unas cuerdas sostenidas por estacas, para presenciar las carreras. Mil ruedas hacían polvo la arena de los caminos, y al llegar á la esplanada de la Casa de Campo, veíase una línea de coches llenos de las elegantes madrileñas, que desafiaban las variaciones del cielo, ora lanzase los rayos de su ardiente sol, ora despidiese la menuda lluvia, armadas de sus ligeras sombrillas, que servían al mismo tiem-

sa de escarapela, ó pendientes del ojal cual una condecoración. En esta tribuna se colocan también los jueces de la lid. A un lado de esta tribuna se ve un aposento que, puede decirse, es el santuario, protegido por una valla de madera, de las miradas indiscretas.

Hay en él una báscula donde se da á cada caballo el peso que debe tener, pesándose también el jockey, la silla, los estribos y la brida. Este peso se repite á la conclusión de la frenética carrera, y la balanza inexorable acusa el número de libras: desgraciado el jockey que vuelve mas li-



gero; será echado del concurso. El reglamento calcula y | La animacion, el ruido y el movimiento son grandes; el  
fija este peso segun la edad. Generalmente entre todas las | campo de las carreras se parece á un hormiguero de hom-



Jockey.

personas que han de correr y cuidar los caballos, es difícil  
oír hablar el español, y ninguno se llama Pedro, Antonio,  
Francisco, sino Arturo, Williams, Jorge.

SEGUNDA SERIE.—1856.

bres. En Inglaterra, todo Londres va allí; en Francia, una  
gran parte; en España solo van los elegantes y las gentes  
que, como yo, cualquiera que sea el género de diversion,

AÑO XIV. 15.



se proponen no perder ninguna. En Inglaterra, en los mismos coches, en los almohadones, se improvisan comidas; se convida de un carruaje á otro; se ofrecen copas de Champagne y pedazos de jamon fiambre. En España, algunas señoras de las mas elegantes han querido importar esta costumbre, y como no se ha generalizado las ha puesto en la risible situacion de una persona que se pone á comer y mascar delante de todo el mundo.

Embarazados nos vemos para hacer la descripcion de las carreras de caballos, porque españoles de corazon, no sentimos, como no ha sentido el pueblo, entusiasmo por esta diversion extranjera; pero, pues que nos hemos propuesto hablar de ellas, espondremos las impresiones que nos ha producido igual espectáculo en las llanuras de Epsom y Manchester, donde las hemos presenciado. Allí es un espectáculo verdaderamente nacional; allí, al ver las carreras en que la vida de los hombres se halla en peligro, y que generalmente terminan con algun brazo ó alguna pierna rota, cuando no con la muerte, hemos encontrado una disculpa á la critica de barbarie que hacen los estrangeros de nuestras funciones de toros. Nosotros, que no condenamos este espectáculo puramente español, tampoco condenamos por los peligros que ofrecen las carreras de caballos. Demasiados elementos contribuyen hoy á hacernos proceder con demasiada prudencia ó timidez para que no deseemos que haya espectáculos en que se presenten ocasiones para poder mostrar todavía un poco de audacia y virilidad; si hay peligro, tanto mejor, su presencia reanima el valor. Preciso es decir que en Inglaterra, como en España en la funcion de toros, el peligro constituye uno de los atractivos mas vivos de las carreras. Las mejores son las que mas obstáculos presentan y cuando abundan los contratiempos, que son principalmente las caidas. ¡Qué emociones no esperimenta aquella muchedumbre cuando corren los rivales, y qué grito lanza, despues de un instante, en el momento en que salta la valla! A la hora de retirarse oigamos las conversaciones.

—Magnífica ha sido la carrera;—ha habido cuatro caidas: un jokey casi ha muerto y dos caballos están heridos.

—Tonta ha sido la carrera; no ha habido ni una caida.

La emoción escitada por estas carreras da un relieve que las caracteriza, dejándolas en toda su originalidad.

Para los verdaderos *sportman*, á la hora de las carreras, la vida del caballo es todo: la del jinete nada. Recordamos lo que oimos contar de un inglés que asistia á las carreras de caballos de Epsom en el último año de 1854.

Habia que saltar una valla de respetable altura. El caballo, al llegar al pie de ella, lánzase, tropieza con la cabeza y cae: el jokey cayó también; corren para levantarlo, pero el caballo se escapa, y vuelve á caer como una masa inerte. El inglés habia corrido como todo el mundo, pero dejando al jokey tendido sobre el suelo, solo se informó del caballo.

—¿Su nombre, preguntó, su nombre?

—¡Friend!

—¡Friend, bueno!... apostaré contra él... y se marchó alegremente.

En cuanto al jokey no habia muerto; aquella misma noche el pobre diablo estaba cantando: se habia emborrachado terriblemente. El pie del caballo, al caer, le habia dado en el cuello y la sangre habia corrido torrentes de

su herida: la cox habia hecho el oficio de la sangría: debia matarle y le habia salvado evitando una congestion cerebral ocasionada por la conmocion de la caida.

Los jokeys se hallan acostumbrados á estos accidentes ni mas ni menos que nuestros toreros á las heridas que les causan los toros.

En una ocasion llamaron á un médico inglés para curar á un herido: (las heridas causadas en las carreras de caballos, necesitan mas que todo un médico inglés: son accidentes esencialmente británicos). El jokey se hallaba desmayado; cuando volvió en sí, abrió los ojos, miró en derredor, vió al doctor, y cogiéndole la mano:

—Doctor, le dijo, ¿podré correr mañana?

Esta palabra es heroica, es la palabra del soldado que desea nuevas batallas; es la palabra del torero español, que al retirarse á la enfermería, pregunta al médico si podrá salir en la corrida del próximo lunes!

Terminadas las corridas, comienza á retirarse la concurrencia, la multitud de carruages toca retirada, rompe filas, y sale en todas direcciones: aquello es un caos, una confusion que no tiene nada semejante; las ruedas se tropiezan, los caballos patean, relinchan y se encabritan; los cocheros se dicen algunas desvergüenzas mezcladas con latigazos por pasar adelante con sus carruages; los ginetes, encerrados en aquella confusion, se esfuerzan en salir de ella reteniendo ó adelantando sus caballos. Todo hace temer que sucedan mil desgracias, y sin embargo, nada ocurre sino algunas ruedas rotas y algunas sillas descompuestas. Es el espectáculo centuplicado de la calle de Alcalá en una tarde de toros. Bien pronto aquel torrente se dirige hácia un mismo punto, y la misma multitud de curiosos que á la puerta de la ciudad ha visto la salida de aquella inmensa caravana, vuelve á recibirla, pero blanca de polvo. ¡Cuántos prendidos perdidos ó ajados, cuantos vestidos echados á perder! ¿Pero quién se detiene en estas fruslerías? ¿No hay siempre bastantes telas de vestidos en las tiendas de los comerciantes? Mientras que los carruages se retiran con toda la impetuosidad de la furia inglesa ó francesa, los vencedores se empaquetan entre mantas, y vuelven tambien lentamente: su victoria no ha durado mas que un minuto, quedándoles solo el cansancio.

Hemos dicho que los jokeys no solo en España, donde no se ha aclimatado esta funcion, sino en Francia, son ingleses. Los hay entre ellos muy célebres. Su peso legal es de cien libras, y todos sus esfuerzos se dirigen á mantenerse en los límites marcados por reglamento. Algunos están tan felizmente constituidos, que jamás pasan del peso prescrito; otros, no pudiendo contener la naturaleza, se ven precisados á recurrir al arte para mantenerse siempre en el peso legal.

Hay en Inglaterra una aldea que tiene la propiedad de proveer para el consumo de todos los jokeys que se necesitan en las carreras; allí es uno jokey por derecho de nacimiento. Cuentan los historiadores que en otro tiempo en la salvaje república de Esparta, los niños raquíticos eran desapiadadamente arrojados de lo alto del Taigeto. ¡Cuántos jokeys no ha matado aquel soberbio pueblo que no queria mas que soldados! Muy al contrario de Lacedemonia, New-Market saluda con alegría los niños endebles. Esta aldea vé en sus débiles miembros la halagüeña esperanza de verlos convertirse en excelentes jokeys. Ese pequeño niño





endeble y enfermizo será un día el honor de las carreras de caballo; será como un pájaro colocado sobre el vigoroso lomo de un caballo. Si hay algunos muchachos robustos y encarnados en medio de la aldea con anchas espaldas y buenos molletes, su familia se llena de desconsuelo; las esperanzas de su madre han fracasado: podía ser jokey, pero su gordura le condena a no ser mas que constable o granadero de la guardia.

Un jokey que engorda es un jokey perdido. Se cuenta que un jokey irlandés, buen católico, todas las mañanas hacia esta oración: «Dios mío, libértadme de la gordura y no me dejes caer en apatito.»

El jokey gordo es bueno a lo mas para ser cochero. ¡Qué decadencia! Así, ¡cuántas precauciones no toman para combatir la gordura! Su alimento está medido como las medicinas que el farmacéutico pesa en su balanza: todos los días camina como cazador de gamos; pero menos ligero que éste, llevan en el rigor del verano tanto abrigo como en el invierno, y envueltos en mantas, empaquetados como momias, andan tres ó cuatro leguas á todo correr. A su vuelta parecen mas bien chorros que hombres: corre el agua de su cuerpo; todos sus vestidos están empapados; se hallan molidos, muertos y estenuados; pero han adelgazado! Entonces los envuelven en nuevas mantas y les tienden delante de un buen brasero; se desenvuelve una abundante transpiración que les hace aptos para vivir como ciudadanos en un país libre, es decir, que les conceden dos ó tres onzas de *roastbeef* chorreando sangre acompañadas de dos ó tres vasos de vino de Burdeos. Para estas gentes poco les debe importar la constitucionalidad del país; me parece que debe serles indiferente, como sucede dentro de España á nuestros toreros. Recordamos con este motivo haber oído decir, tal es el furor político de nuestro país, y se lo hemos oído contar á persona muy respetable, que en 1823 entre los emigrados que fueron á Londres marchó tambien, como comprometido en aquella época, un banderillero llamado Muselina. Al clasificarle el gobierno inglés para darle los socorros que daba á los emigrados en una categoría, y no hallándose comprendidas entre las gerarquías políticas la de torero, Muselina se inscribió como literato español, siendo lo mas raro que no sabia escribir, teniendo todos los meses que firmar otro emigrado la nómina por él.

Con la anécdota del torero Muselina nos hemos distraído de nuestros jokeys, de los cuales seguiremos diciéndole que en las temporadas que median de unas carreras á otras suelen engordar algo por no sujetarse tan severamente y con tanta constancia al régimen dietético que hemos descrito; pero cuando se aproximan las carreras de caballos se ponen con toda severidad bajo él.

Las temporadas de las carreras de caballos en Inglaterra son una época de fiebre. Los ensayos comienzan tres semanas antes de la Pascua. El dueño corre, el jokey ayuna, todas las cuadras están en fermentación: los jokeys y los amos están como los soldados en un día de batalla. Una nueva generación de caballos va á presentarse en la lid, y si sale vencedora corre lo demas del año asegurando su reputación. Todo el club, todo aficionado, todo inglés, por decirlo de una vez, está en conmoción. Nos recuerda esto una anécdota que oímos contar en Inglaterra y que pinta de un solo rasgo toda la importancia que

se da á las carreras de caballos en aquel país. Un jokey estaba enamorado, porque aunque uno sea jokey y se esté delgado se sienten los agujones del amor, y solicitaba en matrimonio á una joven de Londres cuya familia tenia un comercio lucrativo en el *Strand*. El padre oponia una negativa perpétua á las peticiones del joven.

Un día, al fin, un amigo del jokey, encargado de seguir las negociaciones, llegó á New-Market casi sin aliento y se arrojó en sus brazos.

—¡Gran noticia! El padre consiente.

—¡Qué felicidad!

—Yo vengo á buscarte para la boda, ven.

—¿En seguida?

—Sí, el padre quiere que el matrimonio se haga mañana ó nunca.... Ven, pues.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Corro mañana.

¡El enamorado corría! Era como el general de ejército en el campo de batalla. Se quedó y no se casó.

Algunos jokeys han adquirido gran celebridad por su felicidad de adelgazar rápidamente.

En Londres habia dos *gentlemen*, el marqués de Devonshire y lord Dorstmüt, miembros de la cámara alta ó individuos del club. Hicieron una apuesta. El uno de los caballos destinado para la carrera no habia corrido nunca: tenia cualidades, pero su adversario las tenia tambien y era hábil en la lucha; necesitaba, pues, un jokey de primer orden. Habia entonces un jokey llamado Davidson que tenia gran reputación, que se habia criado en las cuadras del marqués de Devonshire que lo habia despedido en un momento de mal humor.

Lord Dorstmüt lo sabia y fué derecho á buscar á Davidson.

—Imposible, mirad, respondió el jokey en cuanto comenzó á hablar lord Dorstmüt.

Este desventurado se habia regalado muy bien con el dinero del marqués: estaba grueso y colorado.

—Se puede adelgazar, le dijo lord Dorstmüt que á toda costa queria tener aquel jokey.

—Sí, si hubiese tiempo.

—Tenemos tres días.

Davidson meneó la cabeza.

—Imposible, respondió.

—Pero, añadió lord Dorstmüt, se trata del marqués de Devonshire.

—¿Mi antiguo amo?

—El mismo.

Davidson titubeó un instante y de repente dijo:

—¡Veamos! ¿Tiene el caballo de vuestra gracia alguna cualidad?... El hombre entra por mucho, pero el caballo tambien es algo.

—Tirano es joven, sin experiencia, pero tiene fondo y gran valor..... Con esto se hace mucho.

Davidson le dijo al fin:

—Probaré.

E inmediatamente se puso al régimen dietético; ¡pero qué régimen! Todos los días dos carreras de cuatro horas cada una, por la mañana y por la tarde. Fajado con mantas y colchas marchaba al sol con toda la velocidad que podia y volvía á su casa hecho un mar de sudor. Tomaba



algunas tazas de té hirviendo y se tendía en una cama calentada cargada de mantas. Su alimento consistía en carnero asado y vino de Burdeos. Se mantenía con alimentos fuertes y reducidos á su mas simple volumen. Al cabo de tres dias Davidson habia adelgazado veinte y ocho libras: habia entrado en los límites que previene el reglamento.

—Estoy dispuesto, dijo entonces á lord Dorstmut.

A la mañana siguiente montó á caballo y ganó la apuesta.

Podríamos todavía entretener muchísimo tiempo á nuestros lectores con la infinidad de anécdotas relativas á las carreras de caballos, que recogimos durante nuestra permanencia en Inglaterra; pero va haciéndose demasiado extenso este artículo, y nuestro objeto no ha sido mas que el manifestar y dar una ligera idea de esta diversion que como tantas otras cosas la moda quiere introducir en nuestro pais en que ya nos vestimos, comemos y andamos á la estrangera, oponiendo solo alguna resistencia á las diversiones, porque cada pais tiene su género peculiar de en-

tretenerse. Hemos tambien querido hacer ver á los que, admitiendo las corridas de caballos, tachan de bárbaras las corridas de toros que á pesar de lo *civilizadora* que es aquella diversion no está exenta de barbarie, aun superior á la de nuestras corridas de toros, porque á las desgracias que ocasionan aquellas, hay que añadir que con las preparaciones de los que en ellas se emplean se mina y destruye lentamente la existencia de los hombres, al paso que con nuestros toreros no sucede eso: cuanto mas fuerte y robusto se halla el matador, puede unir la destreza á la fuerza para trastear y vencer á los bichos. Nosotros estamos por las corridas de toros, y concluimos repitiendo como empezamos:

Mas quisiera pasar la semana  
Mantenido con sops comunes  
Que no ver el domingo el encierro  
Y perder la corrida del lues!..

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### LA HERMOSA PAULA DE TOLOSA.

Vamos á hablar de una muger que de derecho tiene un lugar en la galería del MUSEO DE LAS FAMILIAS. Es la hermosa Paula de Tolosa, la *Venus cristiana*, como la han llamado en el siglo en que la belleza era tan peligrosa y tan frágil, tanto por sus prodigios exteriores cuanto por sus méritos y virtudes, encantos y talento.

El conocimiento de esta admirable figura, tan casta y tan pura, orgullo de Tolosa, merece estenderse al mundo entero. Paula Vigviers, baronesa de Fonteuille, era descendiente por parte de su madre de la ilustrísima familia de Lancefox. Los Vigviers no eran menos nobles que los Lancefox: su casa se remontaba al tiempo de las Cruzadas, y mucho mas allá todavía. Antonio de Vigviers fué el verdadero gefe de los cuatro mil gascones que le siguieron á la Tierra Santa, y resistieron en el templo de Jerusalem aquel formidable sitio que ha inmortalizado el Tasso con sus versos.

Desde su primera juventud la hija de Estéban Vigviers llamó la atención del rey Francisco I, que tributó homenaje á su belleza tanto como á sus virtudes. Aquel rey galante y caballero fué el que la dió el sobrenombre con que fué conocida en su vida, y con el que la conoce aun la posteridad: la *hermosa*. En 1503, al volver de Marsella el joven monarca, donde habia cimentado su alianza con Clemente VIII por el matrimonio de su hijo Enrique, duque de Orleans, con Catalina de Médicis, sobrina de aquel soberano pontífice, los tolosanos le prepararon un magnífico recibimiento. Aguardaban al rey caballero con un entusiasmo que rayaba en embriaguez. En medio de las músicas, del estruendo de los cañones y del vuelo de las campanas, al llegar Francisco I á la puerta de Arnaud-Verner,

por la que iba á entrar, vió desplegarse toda la magnificencia de la comitiva que le aguardaba, y manifestó por ello su mas viva satisfaccion; pero lo que mas le llamó la atención fué que, mientras doscientos niños á caballo vestidos de seda blanca sembrada de flores de lis de oro, y llevando en sus manos el escudo de la Francia, ejecutaban diversas evoluciones ecuestres, desde lo alto de la puerta bajó lentamente hasta los pies del rey una trasparente nube que abriéndose dejó ver en su seno dos jóvenes doncellas que derramaron flores á los pies del asombrado príncipe. La mas hermosa era rubia, y era Paula. Sus cabellos, entrelazados y mezclados con perlas, flotaban al aire graciosamente. Veíase en toda su persona esgracia que un artista italiano esplica por la palabra *morvidezza*. Sus ojos azules, espejo de su alma, ocultaban mal bajo sus largas pestañas, sus brillantes miradas, como los fuegos del Mediodía en un sereno cielo. Leíase en ellos el entusiasmo y todos los nobles sentimientos de la viva piedad que abrasaba su corazon. Musa santa, era de aquellas que el Ticiano y Rafael habian concebido en sus inspiraciones para representar el éxtasis del amor divino ó el radiante ángel de la fé.

Ruborizada, detúvose delante del monarca, y sin atreverse á levantar los ojos sobre él, sacó de un estuche de terciopelo bordado de oro un rollo de papel adornado de viñetas, el que leyó con una voz conmovida, y eran unas estrofas preciosas que la habian obligado á componer para esta solemne ocasion. El rey acogió aquel obsequio con gran júbilo, y dijo á la bella Paula que seria nombrada entre todas las señoras de Languedoc y de la Francia, y de los demas paises lejanos, como la mas bella y mas versada en el admirable arte que ella poseia, y que siempre conservaria en su memoria á la noble y hermosa Paula, que tal debia nombrársela desde entonces. La reina Leonor, que habia acompañado á Francisco I en este viage, hizo su